

Simón Bolívar y la cultura iberoamericana

Escribe: LUIS LOPEZ DE MESA

I

SIMON BOLIVAR —en cuanto héroe de la historia de América— nació en Cartagena del Caribe en 1812 y murió en Lima hacia 1926. Comparando esos catorce años de prodigiosa actividad pública con el promedio de “realizaciones” que en el decurso de su vida lleva a cabo el hombre común, resultaría de longevidad casi milenaria: prueba de ello es que su pensamiento actúa aún en el continente americano, y que sus obras siguen creciendo a la faz del mundo.

De haber muerto antes de los treinta años de edad, su nombre habría pasado inadvertido para los fastos políticos de América, y el psicólogo que por exótica pesquisa hubiese escarmenado un poco la trayectoria visible de sus inanes labores, probablemente le calificaría de mozo indisciplinado y turbulento, vanidoso y egoísta, un poco atrabiliario y desleal, un mucho sensual e incierto, y tal vez le hubiera clasificado en el amplísimo género de aquellos vagabundos que de suyo tienen relampagueante inteligencia y trato social enlabiador, peligrosos a la larga y al fin prácticamente inútiles.

Dos hombres de excepcional pericia ideológica y sagaz conocimiento de gentes, el Barón Alejandro de Humboldt y don Andrés Bello, le vieron de cerca por entonces y guardaron de él impresión tan poco favorable que la gloria posterior del caudillo en ellos enmendó apenas, y esto, a mi ver, postiza y desganadamente.

¿Cómo, pues, obróse en esa vida tamaña mutación de valores sociales? ¿Cómo fue ello posible que de inicial aventurero

“genioide”, tan frecuente en las esferas latinoamericanas, sur-
giese el raro, rarísimo, genio prócer de todo este Nuevo Mundo?

La personalidad histórica de un hombre ilustre como Bolívar puede estudiarse desde varios puntos de vista, y resultar tan compleja y contradictoria que desconcierte al lector común:

El psicólogo la observará objetivamente, tal como fue en sí don Simón Ochoa de Bolívar y Palacios Sojo, y la reducirá a ese conjunto de virtudes y defectos que constituyen un hombre;

el patriota puede enfocar el análisis de un prócer, el Libertador, por ejemplo, de cinco repúblicas hispanoamericanas, y destacarle en el ámbito espiritual de la gratitud que todos le debemos y todos le tributamos con fervor inextinguible;

el sociólogo le considerará como estadista rector de los destinos históricos de su patria en un momento dado, y querrá juzgarle con normas diferentes de las que corresponden a la gratitud y al afecto;

el poeta y el filósofo contemplarán su efigie ideal como el emblema de una nación, y le alzarán a cumbres de perfección suprema, nimbado con todos los atributos de lo excelso...

Y las cuatro visiones de esa persona serán justas y verídicas en el campo de sus proyecciones peculiares y suscitarán oposición y polémicas vehementes, sin llegar nunca a acuerdo razonado y legítimo.

De mi parte, le estudiaré aquí por todos esos aspectos suyos, no sin presentir claramente que habré de tropezar con notorias incongruencias y no poca incertidumbre al asociar criterios tan disímiles.

La formación de un MITO nacional no es asunto meramente poemático en la historia y en la vida de los pueblos: el MITO encarna casi siempre los más recónditos anhelos de la estirpe, las virtudes que mejor ella aprecia y las esperanzas que mueven su voluntad hacia más encumbrados destinos ideales; es, por lo tanto, categoría y norma, vigor para luchar y recompensa de lucha a un mismo tiempo, y debemos, por ende, concebirla como una de las mayores “realidades” del espíritu.

Convergen en la constitución somática y en el carácter del Libertador Simón Bolívar varias estirpes raciales, pues que tuvo de vasco, de castellano y de andaluz, con una pincelada de negro y otra, quizás, Rojas, Blanco y Ochoa al fin, de algún hebreo remoto. Revélase lo vizcaíno suyo en algunos rasgos fundamentales de su fisonomía, nariz, cejas y ojos, por ejemplo, y en esa su conformación maciza de la órbita en general, sobre una cara alargada y enjuta. El rizado de los cabellos, la boca, un tanto, y el matiz trigueño del rostro, denuncian en él ese otro antecesor mulato, y más aún, su dolicocefalía peculiar, que en la mascarilla que le tomaron al morir se define prominentemente negroide.

Su dón eminentísimo de adaptabilidad espacial y de su ductilidad social oportunista, su chisporroteante mesianismo, sobre todo, caracteriológica, aunque levemente, le vinculan al grupo étnico de Israel. Y digo levemente apenas, porque en los israelitas, si padecen de infortunio, surge un poco la idealidad de Cristo, y si les asisten el poder o las riquezas, algo truécense en Herodes despiadados, pocas veces sintetizando la totalidad de lo humano en sí, lo específicamente moral del hombre culto, mientras que en Bolívar notoriamente se dio ese carácter de lo universal, muy humanado y firme.

Lo mestizo en él, lo mezclado, diré mejor, resaltaba mucho en la diferencia que existía entre su cabello oscuro y sus barbas y bigotes castaños, entre la bronceada tez del rostro y el blanco cutis de su cuerpo (que muchos pretenden explicar por la acción quemante de la intemperie, que a ello, sin duda, contribuyó, pero que no íntegramente podía determinarlo en tales proporciones), y en su boca grande y diminutos pies, finamente modelados, en su inquietud física perenne y su gusto por la magnificencia espectacular decorativa.

Y ese “mestizaje” dificulta enormemente la definición del temperamento y del espíritu de quienes nacieron así, pues multiplica las antinomias y contradicciones de sentimientos y conducta, de los propios ideales y de los procesos de la voluntad ejecutiva.

Para nosotros los latinoamericanos el problema de la “mestización” es fundamental. Hasta donde yo puedo analizarlo y definirlo, su tipología entraña dos límites de operación contra-

dictoria: Cuando la mezcla ocurre entre elementos genealógicos de buena calidad, y no muy distantes entre sí, el producto suele resultar superior a ambos. Tal se revela en algunos de los mayores genios de la historia, pues no sería difícil suponerlo en Cristo, con huellas de ario a más de lo semita; en Moisés, probablemente teñido de egipcio; en San Pablo, quizás un poco impregnado de griego oriental; en Pitágoras, pelasgo-heleno; en Alejandro y Aristóteles, con algún aporte de sangre bárbara; en San Agustín, romano-númida, como Tertuliano y Terencio, tal vez; en Santo Tomás, ítalo normando; Kant, germano-esco-cés; Nietzsche, eslavo-teutón; Roosevelt, franco-neerlandés, con algo de semita, y los ario-judeos, Montaigne, Espinoza, Marx, Einstein, Bergson, etc., para quienes la conjugación genética fue a modo de catálisis estimulante en el orden intelectual, y en el moral a veces.

No así en la conjunción o cópula de genes muy disímiles, escandinavo y negro, negro y mongol, negro e indio, cuya descendencia adolece de contradicciones íntimas, de conflictos deletéreos para la psique y la conducta, por donde resultan psicasténicos e inadaptables, derrotados y rebeldes a la vez, resentidos y confusos. Porque en ellos se constituye una casi "hibridez" poco fecunda, por ende, en cuanto a los elementos superiores del espíritu.

El blanco y el indio, sin embargo, dan productos no tan inarmónicos, y aún parecen suscitar cualidades propicias a ciertas normas de la cultura superior, a lo menos de adaptabilidad y perspicacia, de malicia e ingenio sutil, que son muy útiles como "cemento" de las verdaderamente sólidas virtudes intelectuales y morales de una sociedad eminentemente culta.

Asimismo, leve aportación mestiza o mulata, de "octavón" para arriba, digamos, puede resultar benéfica en ciertas estirpes, como es el caso de algunos criollos de este Nuevo Mundo; y todavía es más afortunada la unión del rubio norteamericano con el criollo de buena sangre latina, por la serenidad que aquella sangre impone a la ardiente imaginación de ésta, y por el severo razonar suyo con que estructuralmente arrecia la fulgurante intuición del mediterráneo americanizado aquí.

El criollo nuestro, el criollo de ascendencia más o menos pura, en cuanto al origen español, es, por término medio, de mentalidad imprecisa y de voluntad incierta, como si el neo-tró-

pico aflojara los resortes de esas virtudes, sin eliminarlas propiamente. Es lo que se revela con mayor resalte en la historia nacional de nuestros pueblos iberoamericanos, y lo que más perturba la prosperidad de sus agrupamientos sociales, la propia evolución de sus familias y el pleno aprovechamiento de las mejores dotes de los individuos que unas y otras constituyen o comandan. De ahí que sea aconsejable el añadir a su estirpe primigenia un ápice, a lo menos, de alguna sangre nórdica, si queremos acondicionar favorablemente la historia por venir. En cambio, mucho temo de un cruce racial indo-semítico, por lo semejantes que son en la índole de algunas de sus cualidades inferiores, mimetismo moral y astucia, zalamería aparente y crueldad íntima, por ejemplo, y aún más me inquieta la ahora muy posible combinación de mestizos y mulatos.

* * *

Bolívar fue de esta cepa criolla, aquejada de languidez mental y volitiva, aunque muy sensible, moral y estéticamente. Criollo fue, de la ilustre aristocracia mantuana de Venezuela, y rico, además. Pero ese su criollismo, como antes dije, estuvo aguijado en él por el ímpetu pasional de la brizna negroide que de su tatarabuela, por el lado de los Marín de Narváez, le vino, y por la posible tenue gota semítica de sus remotos abuelos peninsulares, que estimuló tal vez su prodigiosa sagacidad para el conocimiento y trato de los hombres, para la fulminante asimilación de las ideas ajenas, para su fácil adecuación, en fin, a los más contradictorios ambientes; como esa otra gota de sangre negra que tuvo, aunada al acicate del clima tropical caribe en que nació y se formó, creóle más activo de suyo, muy ferviente bailarín, doñeador y mujeriego insigne.

Y ese orgullo de criollo aristocrático fue otro de los grandes pilares de su carrera pública: ¡cuántas de sus acciones, buenas o malas, y éstas más todavía, emanaron de tal actitud soberbia! Uno lo concibe así al meditar en su inmutable esquivez para la subordinación castrense, y aún para la civil, que, por otra parte, tanto predicó en sus alocuciones y discursos. Evidentemente, él no podía, por vanidad y temperamento, seguir a otro, obedecer a otro, adjetivar en nadie la gloria capital de sus empresas. Quien esto tenga presente, fácil hallará la norma abstracta de muchos acontecimientos discutibles de su vida, desde Miranda, Mariño y Piar, hasta San Martín y Santander; desde

Castillo Rada, Padilla, Páez y Bermúdez... hasta Morillo y de la Serna, a Dios gracias. Veintiséis veces renunció la Presidencia de la República, y cuando le aceptaron al fin, se indignó terriblemente.

* * *

Con solas estas circunstancias, condiciones y cualidades, Bolívar no hubiese podido realizar su magna labor heroica y ser hoy el genio de América. ¿Qué añade a ellas la educación familiar, social y escolar que tuvo?

Poco y mucho, ciertamente. Poco en ordenada arquitectura ideológica, mucho en "tensión" inteligente. Más desarrolló la aptitud para futuras asimilaciones y futuros análisis, que adquirió en conceptos sólidamente definidos. Porque se advierte algo de diletantismo en la copiosa variedad de sus conocimientos, apenas un poco estructurados, al fin, cuanto a técnica militar e historia, intuitivos en las ciencias y disciplinas del Estado, nebulosos en artes, filosofía y religión. Al caos de su educación primaria de niño mimado y caprichoso, de huérfano insumiso y débil, con fugaces maestros de ocasión, así Bello, sigue el mentorato *sui generis* de don Simón Rodríguez, estupendo, sin duda, para fortalecer esa su constitución endeble de pretuberculoso, para acostumbrarlo a las arduidades de la naturaleza americana abrupta y adiestrarlo en soluciones instantáneas de defensa. Para hacerle amar, sobre todo, las franquicias de la libertad naciente en Europa, el culto desinteresado de las ciencias y la romántica dignidad del espíritu. ¿Un poco, también, de los destinos de la América suya? Sí, con la simiente ejemplar de sus elogios por la revolución anglosajona y las electrizantes doctrinas del "rusoísmo" y la Enciclopedia.

Pero, esto así desordenadamente imbuído a un rapazuelo de imaginación errabunda y rotas áncoras familiares, lo preparaba para la rebeldía personal, mas no aún para fabricarse otro orden. Le encaminaba hacia la inquietud de la mente y hacia la aventura personal de conceptos, instintos y pasiones, pero no tal vez le encauzaba a nuevos orbes, inflexiblemente asentados en normas. Y así, seguramente, no edificó ningún héroe.

Los estudios regulares que luego emprendió en Europa, cortos fueron, a más de profusamente intercalados con los menesteres del oficio, con las distracciones sociales y la agobiadora

inquietud amorosa en que muy pronto hallóse cautivo. No creo, pues, que para los días de su mayor edad y prematura viudez hubiese alcanzado acervo cultural alguno digno de la ponderosa misión de su vida.

Empero, ya tenía esa “tensión” espiritual que le endilgó su alocado maestro Rodríguez, y con ella, y su mentalidad polivalente, en su segundo viaje a Europa, dedicóse a la observación de las sociedades, al estudio de buenos autores y al relleno, en fin, de las lagunas docentes que le dejara su indisciplina pedagógica. Sino que otras tendencias, tremendamente aborrecidas de suyo, le arrebatában mucho tiempo, le embargaban mucho espíritu y no poco consumían los resortes morales de su juventud; aunque, por otro aspecto, que habría de serle posteriormente útil, empapábase también en el conocimiento práctico de los hombres, en la dinámica sutil de las sociedades, en el estambre íntimo de las naciones cultas, unos y otras sopesando con ese su discernimiento natural prodigioso y prodigiosamente rápido.

* * *

Tensión intelectual y copiosas lecturas. Tensión moral y pericia del mundo. Tampoco esto se aparta grandemente de los haberes comunes de un aventurero “genioide”, ni esto tampoco le determinó a la prosecución de empresas heroicas: el 23 de junio de 1806 escribe a Mr. Alexandre Deholain estas palabras que denuncian cuán lejos estaba aún de la órbita sideral de sus destinos: “todas las noticias que se nos dan sobre la expedición de Miranda son un poco tristes, pues según se afirma, él tiene el propósito de sublevar al país, lo que puede causar muchos males a los habitantes de la colonia. Pero, a pesar de todo, yo querría estar allí, pues mi presencia en mi país podría ahorrarme muchos perjuicios; pero la suerte quiere que yo me encuentre tan lejos de mi patria, y sin los menores recursos”. Ni como prosa ni como ideas, esto desdiría de un sencillo agricultor o de un tendero aldeano.

En el año cimero de 1810 aún carece de sólida vocación para la magnitud moral de los sacrificios heroicos, y con esguince de vanidad aventurera, un si es no es por compra, obtiene puesto de embajador revolucionario en Londres.

De ahí que yo no haga mucho caso de las gentiles anécdotas con que los biógrafos de Bolívar decoran su adolescencia y juventud, en intencionada búsqueda de afortunados augurios de predeterminación heroica, de predeterminación genial, de flecha que ya volaba al blanco de sus destinos. Para mí, todo esto: voces agoreras del bautismo, desplantes en la corte virreinal de México, camarada con Fernando VII, juramento del Monte Sacro, coronación de Bonaparte, admonición de Humboldt... son arabescos biográficos muy amenos, que nada me dicen cuanto a la génesis genuina de sus magnas empresas posteriores. Sólo hacia 1812, con ocasión del terremoto de Caracas, encuentro un lampo augural del héroe, cuando reta la catástrofe y a los dioses adversos.

Hasta entonces bien pudo ser elegante criollo aventurero, con seductoras actitudes de vagabundo "genioide", o embrión indeterminado aún del artífice genial de un mundo histórico. En esas primeras jornadas de su vida más tiene de sensual y concupiscente aleatorio, de turista y de tahur a veces, de arrogante galancete de teatros y salones, con fáciles lecturas de información erudita, que de la precursora juventud de un genio. Algunas frases rebeldes y su desenfrenada postura de criollo altivo poco más significan históricamente, porque la Libertad era entonces la novia predilecta de todo el género humano.

Y, sin embargo... ahí con él estaba la "tensión" espiritual que le fomentó don Simón Rodríguez, y con ella, mediante su anhelo de instruirse un poco, sus dotes especiales para la interpretación del mundo y de la vida, su ambición de criollo aristocrático, su callado germen, en fin, de nuevos rumbos. Es Fanny du Villars quien nos denuncia, en su tardío arrobo, este fermento de grandeza implícita en aquella alocada juventud de Bolívar: "Yo —le dice en cartas de 1826— a quien usted confió hace 21 años sus planes y proyectos..." "Ya el amor a la gloria se había apoderado de todo su ser...". Y aunque es natural concebir que un mozalbete orgulloso, ambicioso e imaginativo soberbiamente imaginativo, tratara de cautivar a su presunta amiga con el despliegue de heroicas proyecciones de su personalidad, (proyecciones heroicas que la mujer acepta siempre con indecible gusto, y siempre descuenta con la silenciada ironía de su criterio sutil femenino, como debió de hacerlo Fanny a su hora, aunque adelante —*et post facta*— restituya a la escena el candor de fe que quizás no tuvo), ello es que para emitir tales discursos

algo tiene que haber adentro que los produzca y los encauce en rumbos de tan agigantada ambición.

* * *

Mucho, pues, había adquirido en aquel su desordenado vivir europeo. Algo, sobre todo, que habría de aportarle en horas supremas el triunfo de la jefatura irrecusable sobre sus conmlitones ambiciosos y bravíos. Este hecho irrefutable de ser un europeo, un criollo disciplinado en la vieja sabiduría de Europa.

Y así, en la refriega tormentosa de la Emancipación, cuántas veces enfrentado con esos terribles lanceros de la guerra a muerte, o con esos sutiles juristas de las universidades coloniales, la reciedumbre física que le imprimió Simón Rodríguez le ganaron el respeto de la hombría audaz, que es canon de su jaguaresca jefatura; cuántas, también, ante ellos y los otros, su prestigio de hombre europeo, de mimado contertulio de sabios y princesas, de juvenil observador del mundo entonces más ilustre, obtendría para él la esquiva sumisión.

Esa sujeción irrestricta a que aspiró siempre su inflexible orgullo de criollo mantuano, halagado y rico. Ya desde 1808 quisiera ser jefe de los conjurados rebeldes que se reúnen en su quinta de recreo, por los alrededores de Caracas, e intenta un diminuto 18 de brumario con su hermano Juan Vicente... Sino que el bueno de su hermano mayor nada posee de la vigorosa personalidad de Luciano Bonaparte, y el complot se extingue en la penumbra de los anhelos humildemente fracasados.

* * *

Y sin embargo —¡qué difíciles son estas investigaciones!— aún no he hallado todos los fundamentos de la heroicidad histórica de Bolívar. Todo lo dicho, cualquiera otro lo pudo tener, y efectivamente otros lo tuvieron, Miranda entre ellos, y aún nuestro Nariño, y hasta ese indescifrado personaje que se llamó Pedro Fermín de Vargas, más ilustrado, más inquieto y laberíntico que el Bolívar de la primera época.

Mirando en la urdimbre tipológica del Libertador hallamos una tan desbordante actividad amativa y moral, mental y física, que supera con mucho las fronteras de lo normalmente posible: ¿Quién como él podría recorrer sin fatiga sesenta kilómetros a

caballo, por estas lomas de los Andes, y ponerse luego a danzar cuadrillas y minués hasta la media noche, y madrugar otro día para dictar a sus secretarios cartas estupendas y documentos públicos de sagacidad casi inverosímil? ¿Y quién, como él, daría batallas de sangre y batallas de amor, cotidianamente, sin relevo ni cansancio? ¿Ni quién podría, como él, pretuberculoso, helmintiásico quizás, amebiásico quizá, y tal vez palúdico, insomne, sin duda, hambreado y sediento, resistir bizarramente el bochorno abrasador de la Orinoquia y la helada cumbre del Páramo de Pisba? ¿Y hacer jornadas de meses, a caballo, con tamaño inconveniente para la continua equitación, como él tuvo?...

La endotoxina del bacilo de Kock parece determinar ligeros fenómenos de embriaguez, de excitación de la mente, con no sé qué de grata elocuencia e idealismo seductor, con falsa idea de propia potencia general, fuerte y aún urgente inclinación amorosa, optimismo, en fin, irreductible, amén de cierto brillo de los ojos y cierta intención de la mirada, muy cautivadores a las veces. Mas ello es que tales engañosas apariencias sucumben ante la implacable realidad de la anemia progresiva, del agotamiento muscular, de la creciente lasitud héctica. Bolívar pudo adquirir de su madre leve impregnación tuberculosa, que pasó más o menos larvada durante su niñez y primera juventud, aunque ya para la época de su arribo a Bogotá en 1819, su flacura era impresionante, y en 1822 tuvo claros síntomas de su afección pulmonar definitiva. Sólo que, a mi ver, estas novedades más podían minorar que producir la infatigable energía de sus empresas, o esa su fe irreductible en el triunfo, que le acompañaron hasta la hora final de la Emancipación, y que se encuadran, como un grabado de Rembrandt, entre la trágica apóstrofe del 25 de marzo de 1812 y la apóstrofe heroica de Pativilca en 1824.

Existe una perturbación del cuerpo tiroides, el hipertiroidismo tenue, que produce aquel fulgor de la mirada que tenía Bolívar, grande lucidez mental y fácil discurso, arrebatada imaginación e inquietud física, y he pensado en veces si algo de esto no habría en su índole, ya que en tales condiciones fisiológicas la actividad se acompaña de notorio enflaquecimiento y, hasta cierto límite de la alteración glandular, de exquisita sensibilidad afectiva y exaltado erotismo. Ningún otro signo, sin embargo, hallo en él de esta anomalía, pues ni hipertrofia de la flándula,

ni exoftalmía, ni suave cutis, ni temblor, sudor, etc., se anotan a su cargo.

Conozco también una especie nosológica, la hipomanía, muy frecuente entre nosotros en sus formas más discretas, aquellas que sólo el psiquiatra discierne, y que casa mucho con las modalidades del temperamento bolivariano: Ella conduce a la actividad irrefrenable, a la combatividad, la ambición y el orgullo, a la desbordante imaginación, a la elocución fácil, al optimismo invencible, a las emociones repentinas y aturbonadas a veces, a la exuberancia en el amor y otros deleites. Hasta cierto grado es poderoso auxiliar para la lucha y crea especímenes sociales de extraordinaria simpatía y buen éxito. Se presenta en ocasiones alternando con períodos de melancolía, más o menos remotos, según la constitución del paciente, como parece haber ocurrido a Bolívar en Viena, en forma grave, y levemente en otros sitios y otros tiempos.

(Con este título no intento significar que Bolívar fuera loco. Ni con mucho, ciertamente. El diagnóstico de locura presupone desorden de las facultades mentales, desarticulación y perturbación de su armonía funcional, por donde resulte carencia de *sin-déresis*, en el comportamiento y en el juicio, cosas que nunca aquejaron al Libertador; porque si algo tuvo él, históricamente bien establecido, fue lógica en el discernimiento y maravillosa lucidez en sus opiniones: Significa solamente, y esto bien lo dice el nombre —hipomanía— exaltación, sin desviación, de algunas potencias espirituales y meramente fisiológicas, como creo que puede apreciarse en el cuadro general de su conducta política y privada, y en esos sus arrebatos, tan generosamente corregidos a veces. Explica su inquietud inagotable, mental, emocional y física, con su gusto por la equitación, la natación y la danza, por el paseo mientras dicta su abrumadora correspondencia; y que le conduce a ocuparse en varios asuntos a la vez, a cierta volubilidad pasional, sentimental y emotiva, y aún a preferir para el sueño —¡hasta para el sueño!— la hamaca móvil... Si el delirante discurso de Casacoima fuera cierto (¡Qué no inventarían en este mundo Simón Bolívar y Tomás Cipriano de Mosquera!), este diagnóstico retrospectivo de exaltación hipomaniaca sería indubitable... pero, sin él, aún nos queda el síndrome completo en otras manifestaciones suyas. Ya desde los 15 años decía serle difícil escribir porque (“me ocurren todas las especies de un golpe”).

Es el dolor acicate poderoso de grandeza cuando hiere espíritus superiores que pueden domeñar heroicamente el reducto estrecho de su individualidad efímera y cernerse en la diáfana altura de las relaciones universales del destino. Y yo no sé qué me induce a pensar que en el alma de Bolívar trabóse en un momento dado esta lucha prometeica, quizás alrededor de 1812, y que fue el espaldarazo del infortunio lo que le creó al fin caballero del ideal y cruzado de América.

Todas aquellas amarguras del terremoto, de la derrota, de la persecución y del exilio le lavaron, por así decirlo, el alma de esas minucias de la vida meramente sensual, meramente egoísta, y le despertaron a las augustas concepciones del deber patrio y de una misión personal heroica.

Debió de concebir, así fuese confusamente, que su orfandad era también un símil de la enorme orfandad de América, que su viudez era par de la carencia de caudillos eficientes en que se debatía el sueño de la liberación, que su ruina material semejábase un poco a la miseria económica en que se hallaba sumido el Nuevo Mundo Iberoamericano, que la inmensa soledad de su propio espíritu se reflejaba en las desiertas latitudes de estas naciones en embrión, y que ellas, como él, necesitaban de darse nuevo rumbo.

Y adivinaría, con ese su raro dón de sutiles intuiciones, que esa "tensión" espiritual suya, ese encabritado corcel de anhelos confusos todavía, pero urgidos ya de dispararse hacia la meta remota de un vivir inédito preñado de sentido, ungido de ideales, aureolado de fé, no importa si inverosímil aún, no importa si catastrófico ya, eran la única órbita digna de su dolor y de sus sueños. Que había tañido en el reloj de la historia la campanada de un hecho grande, y que él, Bolívar, debía desposar su dolor con el dolor de América y darse todo a la emancipación del Nuevo Mundo.

No son la combatividad y el valor los que hacen al héroe, que tales vense en seres inferiores, y suelen darse en cuantía mayor y con mayor frecuencia en el bandolero de los campos y el vulgar atracador de los suburbios: Es la decisión moral para el sacrificio consciente, maridada a una empresa eximiamente noble. Y esto es lo que ya surge evidente en el Bolívar de 1812, cuando redacta su MANIFIESTO DE CARTAGENA,

en que asume la misión libertadora con meridiana lucidez de estratega y de sociólogo.

Allí nace el héroe infrangible, indisminuible, invicto, sin posible descuento de errores ni fracasos. Luégo vendrá el guerrero de la incierta fortuna, vencido casi siempre en los rudos campos de batalla, vencedor siempre en la tenacidad y en el espíritu, LIBERTADOR al fin y PADRE de naciones.

Dos hombres le ven al comienzo y al final de esta jornada, dos hombres de calidad egregia, como Bello y como Humboldt, esta vez Camilo Torres, el insigne, y José Joaquín Olmedo, el vate por antonomasia de la epopeya libertadora: El uno antevé la magnitud moral del héroe, el otro ciñe su triunfo con la aureola de los dioses antiguos.

* * *

La prosapia ilustre, la presunción mocil del criollo mantuano, la reciedumbre física de su educación campestre y esa "tensión" espiritual que le impuso don Simón Rodríguez, las copiosas lecturas de sus veinte años, su afortunada experiencia europea, su constitución hipomaniaca sobreexcitadora y éste su dolor, éste su disciplinante infortunio que le lleva al exilio de Cartagena, son escala de Jacob ciertamente, para ascender a la cumbre, pero escala auxiliar apenas. ¿De dónde hubo la virtud efectiva con qué trepar por esa escala de Jacob y coronar la cúspide?

Para ser caudillo se requieren virtudes personales específicas tanto del orden moral o del carácter, como del intelectual, y aún del meramente físico. No cualquiera, por inteligente e ilustrado, por audaz y valeroso que surja, ni por afortunado y feliz que se le suponga, puede hacerse caudillo de un pueblo, guión y héroe de muchedumbres. Bolívar tuvo esas cualidades en grado eminente.

Dón de mando, en primera línea.

Dón que surge de cualidades innatas y de condiciones adquiridas, que pues se le observa aún en la niñez de algunas personas privilegiadas con ello, y que luce en cierta manera de mirar, precisa y franca, e irreductible a la vez; y en el tono de la voz, que sin ser propiamente autoritaria, ni siquiera persuasiva, ni siquiera convincente, sino convencida en sí, en sí propia

firme, cual si encarnase una fe en el "deber ser" de lo que manda o predica, al modo de la actitud peculiar de los magnetizadores. Una fe que parece sugerir implícitamente que lo mismo que ordena, eso podría hacer y eso haría el que lo ordena y dispone. Dón que emana en otras ocasiones de la mera posición de autoridad que se ha adquirido, y que es a la manera del "mana" o halo de prestigio que los pueblos salvajes atribuyen a sus jefes. Eso que nos hace a todos emocionarse ante el magistrado supremo de una nación, ante el pontífice máximo de una creencia, ante el héroe de una gran jornada histórica, ante los sabios y aún ante los ancianos meramente.

Bolívar lo tuvo, ese dón de autoridad. Y lo tuvo reforzado con la energía de su fácil cólera y el encanto genuino de su ternura, que sabía hallar en su corazón caricias inéditas, aprisionar la amistad perdurable de los hombres y desmayar, embeleñado y rendido, el hurrao pudor de las mujeres.

Y esa virtud de autoridad estuvo acompañada en él, otra prenda ineludible para el ejercicio eficaz del mando guerrero, de algunas modalidades de la memoria que son patrimonio y baluarte de los verdaderos caudillos, de César o Napoleón, digamos, (y entre nosotros, Uribe Uribe, Mosquera y Reyes), la memoria locativa, a saber, de los lugares, o memoria topográfica, pudiéramos decir; de la fisonómica, utilísima para el controlador de los reglamentos y la vigilancia de la conducta personal de los subordinados, para la justicia y el estímulo de todos; y la nominativa, la memoria de los nombres propios, que capacita a los jefes para enorgullecer y cautivar a los favorecidos con oportuna mención, en cuanto finge la honra de un interés personalísimo.

Y recia voluntad también: ¿A dónde iría el caudillo que no supiese, en cada hora de sus campañas imponer una decisión inmutable? La mente ondulante de los sabios y los artistas, blanda y móvil, discreta y graciosa, recatada y sutil, la que se columpia entre lo posible y lo probable y se amartela con el quizás y el tal vez, con el "pudiera ser" y el "quisiera que fuese", resultaría calamitoso desastre en el caudillo. Este ofrece rápida y firme toda decisión e indeclinable toda orden.

Para ello se requiere la posesión del talento "práctico", de aquel que se aplica a la realidad inmediata, a la precisa objetividad del momento, talento que, como tal, tiene que ser repen-

tino y ágil en la esfera de sus aplicaciones, y que en el caso de los guerreros es de especie diferenciada con fundamento de toda concepción táctica eficientemente oportuna. E inteligencia superior asimismo, para asociar, bien estructurados, las causas y los efectos más aparentemente remotos, para coordinar así lo que se llama el arte estratégico de la milicia, el derrotero de las campañas y el marco final de las victorias.

Sabiduría, además, sabiduría operante:

Esa peregrina virtud de adecuación entre el juicio que claramente escoge lo que importa hacer y la voluntad que prudentemente lo ejecuta.

Y hé aquí que nuestro héroe, el Libertador, hallábase dotado de este excelentísimo patrimonio espiritual, y no sólo para las rudas faenas de la guerra, también para la sociología y la interpretación psicológica de los hombres, materia, esta última, que es la dote providencial de los buenos caudillos y, como en ningún otro, egregia en él.

II

Y así, en diciembre de 1812, aparece en Cartagena de Indias un hombre de 29 años de edad, 167 centímetros de estatura, enjuto y ágil, pajizo de color, amplia la frente y precozmente arrugada, ojos negros de centelleante mirar a veces, no siempre directo y franco, enclavados en órbitas profundas, y bella dentadura juvenil, que agracia una boca de dibujo irregular inatractivo. Su mediocre estatura se compensa varonilmente con la marcha decidida y alerta y los ademanes en general enérgicos. Usa nobles maneras en el comercio social y en el amor, rudas a veces en el trajín azaroso de la milicia, hasta el grito atiplado y chillón y la interjección plebeya.

Elocuente de palabra y por escrito, orgulloso y amable a un mismo tiempo, pródigo de alabanzas y fortuna, pero fácilmente agresivo con quienes contradicen su ambición o sus conceptos.

Quiere libertar a la América Española, comenzando por su patria, la Capitanía General de Venezuela, y aporta para ello la audacia de un pensamiento que todo lo concibe en grande; su experiencia de las sociedades cultas del Viejo Mundo; su tenacidad, en fin, sin colapsos ni descuentos.

A esa hora está en plena posesión de su madurez mental, y las que entonces son sus ideas fundamentales, lo serán siempre. Conservará de su pasado la urgente libidine amorosa, y su trivial egoísmo de antes transformaráse en escrupuloso culto de su gloria y en el recelo, a veces, de la lealtad de sus colaboradores a su jefatura y su prestigio.

Es parco en el comer, en el beber y en el dormir, aunque refinado en lo posible, amén de exquisitamente pulcro en el aseo del cuerpo y del vestido. Será siempre gran señor en la gratitud y la justicia (cuando esa justicia no afecta su persona o sus propósitos), y descollará entre los héroes de América por el vuelo y el brillo de sus facultades intelectuales, de alteza y de presteza desconcertantes a menudo; por la visión intuitiva de los hechos y los hombres; por la universalidad, sobre todo de su criterio, y la concepción profética de los destinos de este Nuevo Mundo Americano, que amó con clarividencia, libertó en mucha parte y orientó internacionalmente.

La "eclosión" o epifanía de su heroísmo surge de la conjugación de estas virtudes superiores con la misión libertadora de su patria, mediante el choque de los infortunios que culminaron en 1812 y le hicieron prócer.

¿Qué balance histórico y biográfico nos ofrecen, imparcialmente contemplados, esta su heroicidad y esas sus virtudes?

El 15 de diciembre de 1812 entra a la jefatura de la Independencia con principios y normas definitivos: Los pueblos deben poseer unidad, solidez, energía, disciplina y técnica; deben ser duros con el enemigo: nada de filantropía ni de utopías liberales; el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna; burocracia, mala moneda y federalismo arruinan los Estados débiles; sus conciudadanos, en general, aún no están capacitados para gobernarse; se requiere autoridad enérgica para las horas difíciles: ¡Nada de democracias blandengues! Prevé a Morillo desde entonces y, guerrero derrotado, ya habla y concibe para toda la América Meridional, y urge la campaña libertadora de 1813 con clara visión estratégica. Y ya sabe "carear", estimular y enardecer, a sus amigos... Ya es un jefe.

Estas ideas se modificarán muy poco en el restante curso de su vida, pero dirá siempre cosas de larga trayectoria conceptual. Sus frases de Angostura son de calidad indefectible: "Estábamos ausentes del Universo"; "Tenemos que hacer hombres

antes que leyes”; “Las costumbres, más que las leyes son la fuerza bienhechora de las naciones”; “Las leyes deben ser adecuadas a la índole de los pueblos (repite con Montesquieu)”... E insiste tesoneramente: “Los hombres mejor que los principios abstractos”; “No estamos preparados para la soberanía normal”; “Somos una aglomeración caótica de razas, sin coordinación de carácter aún”... Más que los Estados Unidos con su federalismo, que para nosotros resultaría peligrosamente débil, nuestro modelo institucional debe ser Inglaterra...

Observemos cómo, sin cambiar él de ideas básicas, su posición resulta de izquierda en 1810, de centro en 1830, de derecha hoy día. Resumiendo esas opiniones, yo diría que abogó por una democracia atemperada, electiva sólo para los que disfruten de buena cultura, algunos haberes y buen comportamiento, con recia unidad nacional, leyes acondicionadas al ambiente, orden moral estricto, códigos justos, independencia de los órganos del Poder, con predominio, esto sí, del Ejecutivo central, presidencia de la república vitalicia, tribunal de censores, Iglesia fuerte y libre en lo moral, pero aislada de lo político y sujeta a patronato... Libertad de conciencia y de expresión, igualdad abstracta y responsabilidad concreta, porque no cree que estos países estén aún preparados para el ejercicio normal de la democracia que predicán los “ideólogos”, pero tampoco gusta, en principio, de los regímenes permanentemente dictatoriales o monárquicos. Adhiere, pues, en su fuero íntimo, a la democracia en abstracto y a la autoridad en concreto, sobre bases, esto sí, de orden, de sensatez y de justicia.

Y ya sabe firmemente lo que debe hacer y cómo debe hacerlo.

¡Ya es un jefe!

Su primera jornada bélica es impresionantemente atrevida, y feliz en sumo grado, a pesar de sus errores ostensibles. En el año de 1813 recorre dilatados países, organizando huestes, venciendo obstáculos de la naturaleza, arrollando enemigos por doquiera, encendiendo el coraje de las multitudes con el destello solar de sus triunfos y la magia de sus sueños. Un no sé qué de Escipión Emiliano hay en ciertas actitudes suyas, desvío de los Gracos y elocuencia inclusive, y otro no sé qué de Adriano, el emperador-poeta, o del teatral Alcibíades, en el despliegue ostentoso de sus entradas triunfales. A ciertas horas implacablemente cruel, como César, cuando, como César también, era

preciso serlo; su imaginación oriental forjaba mitos y hacía tremolar oriflamas de gloria que dejaban enardecido el corazón de las muchedumbres. A su paso iban brotando la conciencia de la libertad y el orgullo de tener patria propia, historia propia y propios héroes que las dignifiquen. Era como si al eco de sus pasos y su voz fuese levantándose de la geografía americana el aletargado espíritu de América.

De las pocas huestes juveniles que tomó consigo para esa gesta inicial de la liberación, va formando mártires aquí, héroes allá, veteranos por doquiera, con ejemplos, con aplausos, con ovaciones, con la apoteosis misma que pasea el corazón de un héroe por montes y campiñas, por aldeas y ciudades, para que el pueblo VEA la gloria de los suyos y la sustente.

Y así hasta la entrada triunfal de Caracas, romántico despliegue de coronas, de carrozas y de elogios; fastuoso orientalismo ingenuo, si no fuese porque así sacude también ese dormido corazón de América, que va a dejar la siesta lánguida de las alcobas y el claroscuro de las sacristías para teñir de púrpura un nuevo ideal, su ideal.

Sus discursos y su clara visión del futuro, sus proclamas napoleónicas, la rapidez juliocesariana de sus movimientos tácticos, y la ausencia de enemigos de talla militar y de tamaño heroico, le dieron esta vez el triunfo. Pero, él antevió todas estas circunstancias, las acopló victoriosamente y hábilmente las puso a la causa de sus propios destinos, hasta el punto de que años después, Morillo pudo decir justamente que "Bolívar era toda la revolución".

La crueldad que hubo entonces, y abismática fue en unos y en otros, requiere estudio más acrisolado que la mera exposición de los hechos: En las horas genitricas de la epopeya no rigen las dulces normas de la vida, bondad, compasión, perdón, auxilio, sosiego, voluptuosidad y ternura, pero esas otras tremendas de la muerte: dureza inflexible, locura del dolor, sacrificio insomne, ánimo suicida y homicida a la vez, indómita tragedia en todo; por lo que el sociólogo, corrigiendo en parte la historia, concibe esa crueldad como signo de los tiempos más que de los hombres que ineluctablemente la encarnaron en sí y en sí también la padecieron.

De ahí adelante, la que fue revolución de reducidos cenáculos de la franc-masonería (manejada por Miranda), de los cabildos

(azuzados por Miranda también), de los jesuitas (aprovechados por Miranda asimismo, precursor indomeñable, y espíritu arrebatado por indefinibles demonios interiores), y de la aristocracia criolla, en fin, será la fe, la ambición y la esperanza del corazón de un pueblo; y voces como patria, libertad, democracia y república, cobrarán allí, y para siempre, un significado nuevo, y allí, ahora, ya tendrán espíritu, héroes y mártires, magistrados y guerreros, una historia y un LIBERTADOR. Bolívar acaba de desposar a su pueblo con la tragedia, es verdad, pero él ya tiene también una cita indeclinable con la victoria de su numen.

* * *

Y las dos marcharán acompasadamente.

Tras breve tracto de ilusiones, surgen la derrota y el desorden. Otra vez el Mar Caribe tendrá que recoger y abrigar en sus tórridas islas, aplacibles entonces y benévolas, la resaca heroica de la revolución, y otra vez Bolívar divagará por él, inerme y solo. Pero, ya es LIBERTADOR, ya tiene un sino, y en la CARTA DE JAMAICA será la voz pregonera de su gente y el délfico augur de futuras generaciones libres, según el criterio heurístico de casi todos sus comentadores.

Regresará a dirigir las montoneras rebeldes y darles organización regular de ejército, secundado, o rivalizado, diré mejor, por rudos capitanes, que en mucho, a la verdad, aunque era valiente, le superan en el arrojo suicida de los ataques sorpresivos, en la astuta táctica del guerrillero, y hasta en el planeamiento difícil de algunas campañas de mayor envergadura técnica. Jornadas heroicas de esta variada índole hubo en las que esos rudos guerreros de América marcaron un hito impasable en la historia del arte militar, y que hoy aún nos dejan absortos.

Sino que Bolívar tenía en su corazón y en su mente la síntesis del destino de esa revolución, y él, sólo él, podía darle categoría de universalidad, estructura de derecho y fulguraciones de epopeya magna. Y así, uno por uno, por sumisión voluntaria o por sujeción impuesta, y hasta por atrevida eliminación, por devoción y admiración, en fin, creóse a sí mismo jefe.

E impuso sus normas. Fueron momentos arduos, sin duda, en los que su genio obró maravillas de audacia y sutileza de conducta que hipnotizaron a sus propios amigos, a sus temibles

adversarios y aún a los neutrales que desde el remoto mundo norteamericano y europeo contemplaban, un sí es no es escéptico, esta lucha de las Colonias Hispanoamericanas. Era un general que perdía batallas, cometía errores tácticos inverosímiles, se peleaba con todos esos caudillos de ímpetu aquilesiano que militaban con él, o tangencialmente al lado suyo, y seguía, sin embargo, siendo el polemarca, el LIBERTADOR, el punto de referencia de la revolución conjunta.

Cuando él vino a vida de héroe, aún en él mismo a ratos, vacilaba la conciencia política hispanoamericana: Un confuso residuo de devoción por el rey Fernando VII, y un más confuso no sé qué de reminiscencias aborígenes embrollaban la contienda heroica. Él precisó el sentido de esa lucha hacia la personalidad internacional del criollo, hacia la democracia ideal y la república libre, aunque todavía mencione, un poco en verdad a oscuras, a los Zipas, los Incas y los Aztecas, de épocas entonces canceladas y caducadas normas, cual solían hacerlo ingenuamente todos los revolucionarios de su generación, sin sentirlo tal vez, ni entender bien lo que decían.

Fue el poeta y el profeta de la Emancipación. Dígalo, si no, el CONGRESO DE ANGOSTURA, burgo perdido en el delta del Orinoco, donde una veintena de pseudo-representantes de COLOMBIA, nación innata aún, nación en mientes, se improvisan legisladores —constituyentes de un mundo por nacer— y lo hacen surgir de la nada a la contemplación estupefacta de las naciones cultas, y le erigen nada menos que un soberbio pedestal en el teatro universal de la Historia.

¡Poetas! ¿Quién lo duda? Poeta cívico, ese prerromántico antioqueño, Julio Verne de la Hacienda Pública grancolombiana, naturalista, erudito y elocuente, Franciso Antonio Zea, que en aquellas augustas soledades de la Orinoquia inferior declara impertérrito el su COLOMBIA QUEDA CONSTITUIDA, y funda periódicos en el desierto, y dice discursos altisonantes, de envergadura girondina y plutarquiana, ante la muda vastedad de los Llanos Orientales de Colombia. (De esos Llanos que tanto habrían de contribuir a las tareas de la liberación, como cuna de sus lanceros temibles, como abrigo solar del infortunio a veces, y núcleo de proyección para empresas mayores, como fuente de recursos, sobre todo: ¿Acaso no salieron de ahí esas mulas que eran trocadas en las Islas del Caribe por armas y municiones, esos potros alígeros que habilitaban para sus lides a los “centau-

ros llaneros” y esas reses, en fin, que alimentaron inexhaustamente las guerrillas trashumantes y los ejércitos mismos de la revolución?... ¡Ganados de la bravía Orinoquia, que bien merecen el romántico título de “co-libertadores” de América!).

Y poeta-mílite, ese otro, Bolívar, vate de aquellas jornadas del espíritu, que a sabiendas de que esa su Colombia sólo tiene un trono en la niebla de aquellas soledades, la ofrece a la admiración del mundo, envuelta en una fantasmagoría de ilusiones que sólo él, sólo su corazón demiúrgico, podrá convertir en realidad legítima, en irrecusable objetividad.

Y ello fue a esa hora, una de la tarde del 17 de diciembre de 1819, en Angostura. De ahí a poco recorrerá esos Llanos, cruzará los altos montes de su lejano límite, libertará a Nueva Granada, libertará a Venezuela, libertará al Ecuador, libertará a Bolivia y el Perú, consolidará, así, la emancipación de todo el mundo iberoamericano, y nadie sabrá cómo hizo todo aquello, este poeta-demiurgo.

* * *

¡Realmente, yo mismo no sé cómo fue aquello!

Porque, antes y después de 1813, este hombre anduvo casi siempre derrotado. Sus mismas grandes batallas, aquellas que cimentaron para siempre la emancipación de este Nuevo Mundo, a fe de notario tendría yo que decir que suyas son y suyas no fueron. Estratégicamente le corresponden, porque las alumbró su mente a la luz de la historia americana, las antevió con clarividencia genial, y a ellas condujo sus huestes, pero verdad verdadera, él no las ganó tácitamente. Para mí tengo que fue militar infortunado, aunque fuese guerrero de primera magnitud, y que su heroísmo propio y el enorme heroísmo de algunos de sus capitanes tuvieron que corregir frecuentemente peligrosos errores tácticos o temerarias actitudes a veces.

Boyacá, transformada por el destino en el Monte Nebo de la Liberación, fue una escaramuza que él concibió estratégicamente, pero que tácticamente no condujo, pues que apenas “ocurrió” a su vista. Corresponde a Anzoátegui y Santander.

En Carabobo salvó la independencia venezolana el alud suicida de sus tenientes. Corresponde a Páez.

En Pichincha triunfó el genio militar de Sucre.

En Ayacucho Sucre y Córdoba coronaron la Emancipación.

Junín fue un choque de lanceros, aventuradamente iniciado, en que Silva, Carvajal y Miller obtuvieron difícil triunfo.

Bomboná —¡y que Dios me perdone el juicio!— fue un disparate, por el cual ambos ejércitos quedaron prácticamente vencidos.

En el Pantano de Vargas casi se va a pique toda la revolución colombiana, casi se hunde para muchos años la emancipación de América: allí también lo salvaron sus tenientes, Rondón en primera línea.

La Puerta, en fin, y... Ocumare, no tienen disculpa.

Y con todo, con todo esto y mucho más que un comentario sintético no permite espaciosamente definir, él era el demarca, él el general, él el legítimo triunfador: Porque sin él, todo aquello resultaría imposible, en su sitio y en su hora.

Pues, aún así, frecuentemente derrotado, Bolívar en resumen, fue la victoria, y fue la Emancipación de Medio Mundo.

* * *

Quizás tampoco fue genuino estadista.

Desde luego, no lo fue del orden práctico, ya que nunca tuvo vocación para el manejo de la cosa pública, ni su índole de hombre pródigo le capacitaba para la contabilidad minuciosa, que distingue a Santander, por ejemplo. Las pocas veces, que efectivamente ejerció el mando, cierto no se caracterizan ni por la prosperidad ni por el orden; antes adolecen de desbarajuste fiscal y de incuria de las leyes, de tal modo que él mismo, con esa idiosincrásica franqueza suya, lo dijo en muchas oportunidades.

De ahí, pues, que tengamos, por esta parte, que descontar de sus dotes de estadista un buen cincuenta por ciento. ¿También así cuanto a la teórica de esta disciplina? Esa es mi opinión, igualmente. Para mí tengo que fue más sociólogo que hombre de Estado. Véase, si no, la manera ágil con que discurre acerca de la estructura, composición y comportamiento de las sociedades, particular y muy sesudamente de las hispanoamericanas, Carta de Jamaica y Discurso de Angostura, en primer

término, y cuantas innumerables veces disertó sobre este asunto en su correspondencia epistolar o sus conversaciones íntimas.

Su perspicacia en este sentido le coloca muy encima de sus colaboradores, y muy alto entre sus coetáneos eminentes. ¿Genial y proféticamente, como se ha dicho? No podría yo sostener esta tesis: Sus análisis y predicciones indican información, no muy abundante, pero sí adecuada al objeto que se propone; sus deducciones son sagaces, mas no a la enorme distancia conceptual que el genio suele hallarlas: probablemente no superan lo que una inteligencia despejada y erudita hubiese podido vislumbrar asimismo en su época. Pero, si meditamos en la desordenada instrucción que él tuvo y en las innumerables inquietudes que asediaban su espíritu, estos trazos de esquemática ideología lo colocan entre los hombres eminentemente dotados en cuanto a la virtud intelectual, y en la especie cultural sociológica.

No me atrevería a opinar de él otro tanto en achaques de estadista legislador. Sus proyectos constitucionales, que por otro aspecto carecen de originalidad, y son a manera de un zurcido de recuerdos, denuncian una mente afectada de romanticismo y no muy ceñida, por ende, a las posibilidades de la dinámica política de las naciones. Prueba palmaria de ello es que los verdaderos juristas de su época los hallaron inútiles, y que, aplicados un poco, Sucre lo dijo, no resistieron la piedra de toque de la realidad. Proyéctémoslos en el telón de la hora presente, y al pronto se destacará su flaquísima contextura técnica. Don Pedro Gual, hombre ilustre y muy perito en achaques de gobierno, sensato y probo, calificó la Constitución Boliviana en 1826 de "teoría nueva, impracticable y romanesca".

* * *

Examinando las bases de su preparación cultural descubriremos holgadamente el núcleo ideológico de esa política.

Antes que nada, como ya lo dije, fue un criollo aristocrático, educado en los fundamentos y costumbres del cristianismo colonial iberoamericano. Mucho se ha divagado en torno de la intimidad de sus posteriores creencias religiosas, sin percatarse de que fueron, promediada ya su vida, un embrollo conflictivo. Porque no habiendo avanzado lo bastante en el estudio técnico de tan abstrusas materias, vióse solicitado racionalmente por el escepticismo enciclopediano de aquella hora, y sentimentalmente

retenido por la fe de sus mayores: de ahí la muy perceptible contradicción entre ciertas palabras y ciertas actitudes suyas.

Por su criollismo siente, en política, la democracia con plenitudes de fe; por su cuna aristocrática y su educación militar, por la ruda experiencia, sobre todo, de los desastres padecidos, ama las categorías de la autoridad recia y firme, y la solidez del orden.

A estructurar estas opiniones y tendencias concurren sus lecturas clásicas y su análisis del pueblo inglés. Nosotros no hemos ahondado en la inquisición de estas fuentes de la intimidad política colombiana, en este poderoso influjo de la historia inglesa sobre la formación sentimental y conceptual de nuestros estadistas nacionales. Bolívar la inicia por modo el más visible, y de ahí acá, dígalo Núñez, nunca se detiene. De inicial educación francesa y española a la vez, predominan, sin embargo, para la urdimbre política de sus devociones, Inglaterra, como norma, Roma y Grecia, para ejemplos; y así, con su democracia "aristocrática" convienen mejor las instituciones inglesas que las de norteamericanos y franceses, por donde, de esta parte, se explican también algunas antinomias de su comportamiento público.

Hay en él, como en nosotros, según ya lo dije, un mucho de universalismo. Universalismo que aunque parece a primera vista la dispersión errabunda de un temperamento nacional confuso, indeciso al menos, arraiga en causales más hondas: Es la floración de la universalidad característica de este Continente Americano, geográficamente sito entre los dos Mundos, Oriental y Occidental, culturalmente solicitado por la religión del uno y la filosofía del otro, por el sentimentalismo del primero y el racionalismo del segundo... y más que todo ello, por la generación de su estirpe mediante el aporte de todas las razas del planeta.

Y así se produce esta orientación ecuménica de nuestra gente colombiana: Sentimos cordialmente la España de nuestros mayores, amamos culturalmente a Francia, respetamos a Inglaterra, admiramos a los Estados Unidos, Italia nos atrae y cautiva, nos interesan Alemania y Rusia, y... "curioseamos" golosamente el resto del Mundo.

Psicólogo sí lo fue, y con plenitudes de asombro. Da gusto el seguir a través de los documentos que nos legó su prodigiosa actividad el hilo sutil de sus observaciones personales acerca de la índole, virtudes y defectos de cuantos le acompañaron en el mundo. En dos palabras, muchas veces, traza el retrato moral de un hombre o la fugitiva imagen cordial de las mujeres que halló a su paso. Hasta el punto de que aún hoy día son sus frases el más acatado documento de juicio para justipreciar a muchos de los próceres de nuestra Emancipación. ¡Y con qué fino halago rinde la enemiga de sus adversarios más ilustres, cautivándolos por lo más recóndito de sus inclinaciones, que él adivina en su carácter! ¡Y cómo subyuga hombres y pueblos con la hechicería de sus elogios ladinos, o la certera previsión de sus deslices!

Esta su exquisita cualidad de psicólogo intuitivo fue sin duda la que más agitó sus facultades para la interpretación sociológica de los pueblos y la conducción disciplinaria de esos capitanes de arisca y disímil condición moral que militaron con él: huraños unos, como Páez; pulcramente “susceptibles” otros, cual Sucre; alocados, de la índole de Córdoba y Mosquera; recónditos a la manera de Santander; francos y sencillos, como Soublette y Briceño; sinuosos, del tipo de O’Leary y Flórez; posibles tránsfugas algunos; toscos y aborrascados los más, como improvisadas criaturas que casi todos eran del azar y los cuarteles.

* * *

Y más que todo, poeta. Cada una de sus obras fulgen con destellos de exaltada imaginación, cual si hubiese vivido en trance apolíneo. Hasta en efímeras esquelas de ocasión reverberan las metáforas, entrechocan los símbolos y la frase se enciende de luz y de matices. Así sus proclamas guerreras parecen voces de huracán, y ni aún sus mensajes más severos, los legislativos, v. gr., logran despojarse de esta dicción iridiscente, que un mediocre falsificador suyo llevó a la caricatura en el pseudo DELIRIO DEL CHIMBORAZO.

Sus definiciones son como huellas de hachazos en el tronco de la historia, y toda su literatura se reviste de cierto estilo galorromántico, con algo de oriental en la imprecación y las imágenes, quizás tomado de la elocuencia jacobina y girondina de la

Convención, con uno que otro nombre clásico, venido tal vez por los arcaduces de Plutarco y de Suetonio, y epítetos de la aljaba de Homero (y de Juan Jacobo, naturalmente), como “divino” y “sublime”, que en él, y en todos los próceres de su generación, tan frecuentemente ocurren.

Sus empresas, sobre todo, y aún sus peculiares actitudes, poéticas son, y resplandecen en una atmósfera general de poesía. Las jornadas de la Emancipación, vistas a través de los esquemas mentales de Bolívar, parecen un drama escenificado en el inmenso teatro de América.

Ligado a Miranda, a Rousseau y a Bonaparte, no lo dirá, y aún los criticará acerbamente en ocasiones, y hasta querrá desterrarlos de su mundo ambiente, para que se pierdan las huellas de su influjo, según la ley que siguen los creadores de intentar la eliminación de sus padres, Zeus, digamos, contra Cronos, o de destruir lo más que puedan de lo pasado, conforme al grito de Nietzsche, cuando invoca al Maestro Ideal: “Vencedor-destructor”.

Poeta, sin duda, de la acción y la palabra... ¿Lo fue asimismo en el callado reino de sus sentimientos y pasiones? ¿En el amor, por ejemplo? A mi juicio, tuvo en esto de poeta la volubilidad y el énfasis voluptuoso, no la grandeza ni la pureza del ensueño. Que si en la sobretarde de la vida escudó su celibato tras la noble ficción de una fidelidad a la esposa de su primera juventud, mezquina fidelidad fue aquella, que sólo le ofrendó el homenaje del sacramento y nada le ahorró del deleite venusino.

Ni veo en el diagrama de sus copiosas aventuras la nota gentil de una sensibilidad poéticamente enaltecedora. Lo entendería de tratarse sólo de aquellas enamoradas suyas que fueron a la manera de pasionales girasoles del amor, Fanny, tal vez, Bernardina quizás, Manuela, sin duda... Pero ¿qué decir de esos tronchados lirios que le miraron con la núbil inocencia de sus sueños? Con cuánto dolor rumiarían silenciosamente ese fraude a su ternura, por parte del héroe que olvidó su holocausto virginal a las primeras luces del alba... Anita, Isabel, Manolita Madroño, y las doncellas anónimas del banquete citerino, borradas fueron con fuga donjuanesca indefendible.

III

Palacios y calles, plazas, aldeas y urbes, departamentos enteros y aun naciones, llevan hoy el nombre de Bolívar. Y de él tratan infatigablemente los historiadores y los cronistas, los estadistas y sociólogos, los periodistas, poetas y dramaturgos, los pintores, los escultores y los músicos, los ignorantes y letrados, los hombres, las mujeres y los niños. Su nombre ha circulado por toda la curva del planeta y se ha hospedado en las mentes cultas de todos los Continentes.

¿Por qué ello así?

¿Hubo en él algo de “genio” histórico para que la humanidad se ocupe en su vida tan asiduamente?

Ya hemos visto, a la ligera, sin duda, pues lo he esbozado al menos, el cómo y el por qué se hizo prócer, y el cómo y el por qué se hizo héroe: veamos ahora si logro descubrir en el conjunto de sus facultades alguna o algunas que por su altitud correspondan al grado de lo genial.

Entendiendo por genio la amplia superación de las facultades normales que permiten a un hombre ser, entender, concebir o realizar en grado sumo lo que es, lo que estudia, lo que medita o emprende, es decir, el que posee alguna virtud excelentísima del carácter, de la voluntad o del entendimiento, englobamos en su definición al héroe y al santo, al sabio y al artista, con amplitud de criterio que nos redime de frecuentes confusiones en el juicio biográfico de los hombres, aunque lexicológicamente la palabra “genio” es el “ingenio” de los clásicos, que sólo se aplica al poder creador de la mente, excepcionalmente desarrollado, y ni siquiera puede decirse del hombre genial que lo posee, según la exagerada opinión de algunos correctores del lenguaje.

Aplicando a Bolívar este barómetro espiritual, por así decirlo, encuentro en la historia de su vida el dón de la intuición hábil, que le capacitó para entender con visión instantánea y segura el carácter y el destino de los hombres, y constituirse, por ende, en psicólogo práctico de primera categoría en el cuadro de nuestros mejores repúblicos; el carácter y el destino de los pueblos que estudiaba, y revelarse por ello como sociólogo de admirable clarividencia; el panorama y los recursos del ambiente geográfico y demográfico, económico y moral de cada región de

los países que abarcaba el derrotero militar de sus propósitos, y ser así el máximo estratega de una generación.

Por su imaginación magnificadora y fulgurante se le ha calificado de poeta, como antes dije, y por su imaginación creadora (que le permitió sacar recursos de donde menos podían presuponerse, y ser llamado, por tal razón, "el hombre de las dificultades", como él a sí mismo se apellidó en frase célebre), se le clasifica entre los "genios". Y no sólo le conviene ese título de genial por la alteza que tuvo en él esta virtud, mas también por la feliz aplicación que de ella hizo a empresas heroicas, hasta el punto de que puede llamársele el hombre-época, porque de 1812 a 1826 es él quien ve mejor, mejor entiende y más audazmente dirige el mensaje histórico de la América Española, y por ese lapso resume en sí los destinos de medio Continente Americano.

Asimismo, en la esfera moral, tuvo el dón sobreexcelente de la constancia, de la tenacidad, diré mejor, hasta un grado inverosímil, que le permitió vencer sus propios gravísimos errores, domeñar la naturaleza inclemente en que le cupo la ardua fortuna de actuar durante quince años de lidia y cuatrocientas acciones de guerra implacable, ganadoras de la libertad de un mundo y de la cumbre del prestigio histórico.

Porque la tenacidad aplicada a la acción creadora tanto corresponde a lo genial como a lo heroico, pues que es a la manera de guión entre estos dos géneros, por otra parte tan íntimamente combinados.

* * *

La palabra "genio", que originalmente significó los espíritus protectores, "genii", del lugar, o de la familia, "manes", o del individuo, "daimon", o del pueblo en general, "iuno", adquiere sitio entre las divinidades benéficas, con "Juno Sópita", reudentora, "Juno Lucina", protectora de los partos, está ligada íntimamente a voces como "genitivo", "genital", "engendrar" y "generación", y aún "género" y "genuino", que tan bien representan la obra "creadora", "engendrada", por Bolívar.

Y así, considerado el término en sus antiguas acepciones de "espíritu tutelar", conceptúo que puede estrictamente aplicarse a nuestro héroe; entendido conforme a su definición mo-

derna de “excepcional poder creador” y de “suprema habilidad genuina”, bien le está, asimismo, por aquellas tres virtudes analizadas antes, de su imaginación creadora, de su prodigiosa intuición y de su heroica tenacidad.

Más aún le pertenece como hombre representativo de su pueblo “genio de la estirpe”, que puede predicarse de su personalidad y de su obra. Porque si alguien hubo que nos resumiese en sí, con nuestras virtudes y defectos, fue este Bolívar, criollo de América, indisciplinado y turbulento, egoísta y vengativo, intuitivo y generoso, heroico y sensual (como antes dije), que todo lo aprende por contagio y todo lo hace por ímpetus.

Fue una “tensión”, como el Continente Iberoamericano es eso asimismo, “tensión” inmensa: Resumen de varias estirpes en caótica fusión aún, universalidad confusa todavía, aunque ya grande en su germen de “sentir” afectiva y moralmente el mundo, el amplio ecumene de la cultura; conflictivo y angustiado, en consecuencia, inconforme con lo que es e inconforme por lo que no tuvo; anhelante, siempre anhelante en busca de su alma y en busca de su HISTORIA...

Conviene, sin embargo, sin embargo de la mística devoción que nos une a su nombre, mirar un poco algunos de los errores que deslucieron su actitud y su aptitud política hacia las postrimerías de su existencia, porque así, las nuevas generaciones tengan grande espejo donde contemplar en faz ajena sus propios errores y evitarlos oportunamente. Duele, sin duda, y duele con atroz amor filial, traer a vista de ojos y hacerlos revivir, aquellos desfallecimientos mentales y aquellas claudicaciones volitivas del héroe máximo de la historia americana, y padre, por antonomasia, de Colombia, pero en un análisis de los destinos patrios, ello es moralmente ineludible.

Por otra parte, su obra fundamental resiste victoriosamente los más severos fallos de la justicia, que hartamente tiene, en lo grande que tuvo, para dominar el escenario de nuestra historia y perdurar en la primera línea de nuestros afectos.

Sociólogo más que estadista, triunfa en aquellas construcciones mentales en que la sociología interviene normativamente, y fracasa, a veces por modo lamentable, ruinoso en ocasiones, cuando aplica sus ideas a la armadura y funcionamiento de los Estados. Buen estratega y táctico débil, en esto de la política, como en aquello, que ya vimos, de las armas, anuncia peligros

y define situaciones con cautivadora lucidez, pero no acierta a remediarlos prácticamente.

Esos sus conceptos que corresponden a la linde mental del estadista y del sociólogo, esos conceptos fronterizos entre el arte de gobierno y las especulaciones de la sociología, fueron tan estupendamente concebidos que aún hoy rigen el Mundo Americano:

Su clara visión del futuro cultural de América;

de la solidaridad del Continente;

de la necesidad de constituir grandes naciones, y no “gobiernitos”, como él decía;

el destino democrático de estos pueblos;

las normas del Derecho Internacional Americano que proclamó y en parte impuso (asociación defensiva, arbitraje, *uti possidetis*, fuerza al servicio de la paz, etc.);

la necesidad de gobiernos “tutelares”, no nihilistas ni absolutistas, no dictatorios ni anárquicos; su apoyo a la religión como fuerza social indeclinable;

su claro sentido de las categorías de grandeza... perennemente actualizan su nombre, y su espíritu mantienen en la cumbre.

Pero el estadista es débil: El gobierno tutelar que proclama se le convierte en pretoriano; la constitución que predica para los otros, la quebranta él; la disciplina legal que impone, se desordena en sus obras... Y no atiende acertadamente a los problemas mayúsculos de la raza, de la educación y la economía nacionales, hasta el punto de que la emancipación va quedando en sus manos como instrumento casi casi inútil para la génesis de estas naciones que libertó su genio.

Agotado física y mentalmente, se encapricha en proponer reformas inoperantes en el ambiente de estos pueblos como su Constitución Boliviana, tan plagada de remiendos conceptuales exóticos; se aferra más y más tenazmente a las facultades omnímodas; se empequeñece por momentos y se consagra a “defender” su gloria personal con vehemencia verdaderamente pueril, en permanente angustia por lo que van escribiendo en Europa acerca de él su mediocre amigo el Abate de Pradt y Benjamín Constant, el crítico acerbo de sus días finales.

Y no que le falten voces nobilísimamente suasorias: Al regresar a su país en 1826, un grupo de sesenta y cuatro patricios, de toda índole, viejos y jóvenes, civiles y militares, partidarios suyos y adversos, ilustres y mediocres, sacerdotes, magistrados y jueces... todos, esto sí, sinceros en ese instante, y en documento que es una de las piezas políticas mejor elaboradas en aquella época de nuestra historia y de la historia del Continente, le dicen cuanto había que decirle, y se lo dicen con tales serenidad, respeto y conciencia pública, que aún hoy nos impresiona gravemente su estilo, como su resumen lo acredita en una de sus frases más egregias: "Que Bolívar sea grande, pero que Colombia sea libre".

Y él, en tanto, no ve el prodigioso alcance de aquella filial admonición. Prosigue en su carrera hacia el abismo, del brazo de algunos locuelos como Tomás Cipriano de Mosquera y Antonio Leocadio Guzmán, y de caudillos guerreros tan implacables como Urdaneta y O'Leary, impávidos sin duda, y meritorios, grandemente meritorios, pero con no sé qué helada conciencia de verdugos.

Se cumplía su propio vaticinio de Cúcuta: "Un hombre como yo es peligroso en un gobierno popular".

Sino que ahora no le acompañan suficiente salud ni energías juveniles para refrenar sus ímpetus, y en regreso melancólico a la nuda naturaleza de su carácter, van reapareciendo las peores inclinaciones de su egoísmo, cumpliéndose así en él la norma de que cuando comienzan los fracasos se precipitan los errores, y esa como inversión del "maná", de la plusvalía espiritual con que nos regala el triunfo, para establecerse la minoración de las facultades que casi siempre sigue a la derrota de nuestros sueños... Más aún: ya no le afecta tanto la hipomanía que en otro tiempo enardeció sus empresas, antes le asiste su contraparte gemelar, la hipocondría, o como él la nombra, según el lenguaje médico de entonces, la atrabilis, esa su atrabilis que de 1828 en adelante tanto hizo sufrir a sus mejores amigos y secretarios.

Olvida desde 1826 que a un pueblo no puede gobernarse dividiéndole en dos grupos palaciegos, el de los que alaban y el de los que no alaban a su primer mandatario, y dejándose morder el corazón por la soberbia del triunfo, y la soberbia, más dañosa todavía, de exagerados panegíricos, comunica en 1827 a

José Bustamante, oficial rebelde de la 3ª División acantonada en el Perú, que él es “el primer hombre del Mundo”.

Quiere luego falsificar la opinión pública con actas municipales, más o menos postizas; cree, contra toda evidencia, que los mejores ciudadanos del país aplauden sus proyectos constitucionales y su anhelo de poder omnímodo, y, lo que es peor aún, que le alcanzan las fuerzas para la conducción de los negocios públicos, a esa hora en que ya no puede tenerse en pie.

Su juicio, tan certero antes, tórnase inseguro ahora, frecuentamente equivocado, inadecuado al menos, y no pocas veces loco: delira con guerras internacionales en remotos países, apoya a Páez, a Flórez y a Urdaneta, en cuanto los cree bolivarianos todavía, haciéndose así —¡él, tamaña majestad de hombre!— sedicioso “en potencia” y banderizo, y más luégo, ya sin el timón del mando, pretende combatir al primero y organizar campañas de invasión, desorbitado e iluso.

Tal, en su viaje postrimero a Santa Marta:

Su egoísmo se circunscribe de nuevo al mero cuidado de su yo, y sólo halla nobles a los pueblos y personas que lo enaltecen; manda aún, como si todavía ejerciese el poder legal, y se cree perseguido; en todas partes le reciben admirativa y respetuosamente y se considera desterrado de su país; todos le respetan y a todos regaña; tiene recursos económicos, y se finge un Diógenes... Su criterio se hace fluctuante, un poco místico ya y crédulo, inseguro de sí y de los hombres, de lo porvenir y de lo pasado y de lo presente, a un tiempo mismo.

A todos llama ingratos, sin atender a la noble actitud con que Bogotá lo despide: “. . .enseñaremos a nuestros hijos a pronunciar vuestro nombre con tiernas emociones de admiración y agradecimiento”; a la consagración suprema con que su patria toda le dice, por boca del Congreso: “. . .En cualquier lugar de la república que habite el Libertador, será tratado siempre con el respeto y la consideración debidos al primero y mejor ciudadano de Colombia”; a la exquisita invitación que la sociedad quiteña le hace para que viva en su seno; a la devoción filial con que ciudades y pueblos, aldeas y campos le reciben al lento tránsito de su última peregrinación sobre la tierra... .

Pierde la visión perspectiva de los destinos de Colombia y de América, de esa América que él llamó, y que hoy es, “espe-

ranza de la humanidad"; concibe protectorados exóticos para estas repúblicas hispanoamericanas del Nuevo Mundo, y en el colmo de ese nihilismo en que su crítica se hunde, reniega de la Emancipación, que con tántas amarguras y sacrificios inenarrables se dieron.

Todo parece perdido en aquel corazón enfermo, desordenado en aquella mente que se obnubila poco a poco. Parece, sin duda, y ya lo va siendo... Sólo que la Naturaleza le metió en el alma esa diminuta lumbre del genio que desarma y trastorna todas las previsiones humanas. Y así, aquel preagonizante que marcha de tumbo en tumbo, hacia la muerte, demacrado y triste hasta la inverosimilitud, sin poder alimentarse, ni dormir, ni reposar siquiera un buen segundo, despierta de pronto y ve.

Ve que se ha equivocado y ve que lo han hecho equivocarse: Error su dictadura, error las actas "infames", como él dice; error el pseudo prestigio de sus ideas políticas; error su estímulo a Páez; error su actitud ante la Convención de Ocaña; error su conducta contra los septembrinos; error su enemistad con Santander... y obedeciendo al "daimon" íntimo de su genio, que sólo surge cuando el acicate del infortunio le toca el alma, escribe aquella su alocución de despedida, canto preagónico del cisne, y regresa así a la cumbre de su misión tutelar ecuánime.

Son dos párrafos apenas:

ciento ochenta palabras solamente;

ciento ochenta granos de oro espiritual...

En ciertos instantes de la vida, la plena majestad del espíritu visita la mente de los hombres. Tal parece como si la magnitud del significado histórico se apoderara, como un numen, de la mente individua y la alzase a la representación universal de toda la especie. ¿De dónde hubo, si no, la juventud atrafagada de José María Córdoba aquel grito insólito de Ayacucho, encarnación genial de esa hora suprema en los destinos de este Nuevo Mundo Iberoamericano? ¿Ni de qué entraña miltoneana le brotó ese otro que dice: "Si es imposible vencer, no es imposible morir", que Luzbel le envidiaría ante el reto abrumador de Uriel Arcángel?

Tal así, Bolívar, hilacha fisiológica entonces, tuerce de pronto en 1830 el timón de su personalidad, borra de sus rumbos el egoísmo que le movió a precautelar con tan nimios esfuerzos

la gloria preponderante de su nombre, y se entrega magníficamente a su propia creación, a Colombia su hija. Se funde con ella, en ella anonada sus destinos personales, y de suya que fue, se hace suyo, trocando los valores de la filiación heroica. Ello ocurre en San Pedro Alejandrino, en su alocución testamentaria, momentos antes del silencio insoluble.

Y ahí se cumple el cuarto avatar de su espíritu, que ha ido elevándose como un arpegio de gloria, prócer, héroe, genio, emblema. Porque cuando el héroe ya no sólo da de sí obras transitivas, sino que a sí mismo se da en perfecta plenitud redentora, en rehén, como si dijéramos de su patria ante el Destino, ya no más es un hombre, ya no más es un héroe, ya es el corazón mismo de su gente, su símbolo racial, su EMBLEMA icástico. Será a modo de un legado plenipotenciario y eterno de su estirpe ante los adustos tribunales de la Historia.

Será el emblema.

Deshumanación en parte y transfiguración en mito, y extraña génesis de cultura luégo.

Encarnará los defectos y virtudes de su nación, los anhelos de ella, las ilusiones, los quebrantos, y la indefinible latitud de su espíritu. Se le llamará con voces de llanto en los días de infortunio, y gozosamente se le aclamará en las dianas de la victoria.

Y ello es justo, a más de ineludible, de recónditamente ineludible. Porque el héroe genuino, el creador de pueblos y de historia, es instrumento demiúrgico de la cultura. Y la cultura se desenvuelve históricamente en libertad y en espíritu. Por tales vínculos indescifrados aún, el genio y el héroe, como antes dije, se enlazan generalmente, y la libertad, el espíritu y la cultura se asocian por proceso genitivo en las entrañas de este drama universal de la existencia.

Cuando Bolívar vivió vida humana, su heroicidad se hizo la Gran Colombia, y su genialidad trocóse en Derecho Público de un Continente. En mucha parte él "estilizó" ese Continente, le dio la forma heroica de su espíritu, y lo puso a vivir de pies dentro de la historia del Mundo. En retribución espiritual, los hombres que él hizo libres lo van "recreando" en fragmentos selectísimos de su propia alma: Cuál le añade una idea, cuál un sentimiento, cuál una emoción íntima, y amor, amor, todos aunadamente. Las ciudades de este medio Mundo levantan su efigie

para símbolo de su fe, arrodillan sus plazas y sus calles al pie de la estatua idealizada —¡Oh Tenerani!— de este hijo de sus anhelos, de este nuevo icón de su libertad... Porque ya no es un hombre, porque ya es un signo, el signo de un Continente, de una estirpe, de una idea...

Y hoy, emblema y signo, sus claras visiones, su anhelo de normas universales, su dación filial de sí y su ternura tutelar de padre, presiden, Eneas redivivo, augusta sombra virgiliana del Dante, las jornadas escabrosas de la cultura iberoamericana por venir, que estoy audazmente invocando en este momento, para que Cultura, Colombia y Bolívar vayan siempre juntos en el cerebro y el corazón de las nuevas generaciones de América, y así juntos se asocien a la obra espiritual presunta de todos los pueblos de este, todavía arcano, NUEVO MUNDO.

* * *

Y de esto, de esto de ser prócer, héroe, emblema y genio de una estirpe, se nos aparece otra causal de su grandeza histórica: Porque son los hombres lo que son de suyo, y lo que sus obras los van haciendo a medida que estas obras evolucionan y crecen. Muchos próceres nacionales que a los principios de su aparición en la escena carecieron de personalidad eximia, con el correr de los años y el avanzar de los siglos van cobrando estatura heroica y heroica significación, debido al florecimiento de las naciones a quienes ofrendaron su vida o su espíritu: ¿Quién puede comparar el Washington del siglo XVIII, augustamente noble y sencillo, con el genio estelar que en este siglo XX recibe los homenajes de admiración y de respeto, de amor y de gratitud de ciento cuarenta millones de hombres libres? Es porque los grandes hacedores de la historia son a la manera de una estatua cuyo pedestal se ensancha y sube incesantemente, hasta el punto de que, a poco más, la propia efigie descuella en las nubes y se ilumina con los destellos cenitales del sol.

También así, la grandeza genuina de Bolívar ha venido ampliándose con el transcurso de los tiempos por el desarrollo gigante de las naciones que recibieron los beneficios de su brazo y de su mente, y ahora, una centuria después de su tránsito del mundo, la imagen suya desafía ya las más enhiestas cumbres de la gloria, compite ya con los forjadores más ilustres del destino humano.